



CONVERSACIONES CON HANS EYSENCK

José Luis Pinillos

Para mí es una mezcla, por una parte, de obligada satisfacción y, por otra, una experiencia algo penosa la de contribuir en este homenaje a Eysenck y tener que conmemorar precisamente su muerte ya que fuimos amigos y fué más que un amigo, un maestro al que debo y del que pude aprender muchas cosas. Es una pena que haya desaparecido cuando todavía podría haber aportado más cosas a la psicología.

Primeramente intentaré aquí esbozar mi interpretación personal de Eysenck y de su trabajo puesto que he oído muchas críticas, algunas probablemente justificadas pero otras nacidas de un desconocimiento de la significación general de su obra. Hay una multiplicidad de líneas que confluyen en un trabajo que, como el de Hans Eysenck, pretende atender a una amplia gama de aspectos que van desde la astrología a la psicología de la personalidad y el estudio de la inteligencia. Todo ello posee una verdadera unidad. Su autor, Eysenck era un hombre modesto y tímido, lo cual nos lleva a una segunda parte de este trabajo, que es una breve descripción de su propia persona. Yo pude conocerle íntimamente y mi impresión particular es que fue un hombre bondadoso, muy noble y muy afectivo en lo que a su propia vida privada respecta. Es un retrato ciertamente diferente del que circula por ahí que se limita a reflejar al hombre exterior de los congresos y las polémicas.

Sería preciso subrayar algo que no he visto bien acentuado en aquellas críticas y es precisamente esa unidad de su obra, a pesar de su aparente diversidad. Eysenck fue, en mi opinión, el último de los grandes sistemáticos de la psicología. Recordemos que los grandes sistemas o escuelas, partiendo de unos postulados o de un principio fundamental o básico, deducen o intentan deducir todas las particularidades dinámicas de la vida psicológica y de la conducta, primero animal y luego, de la propia conducta humana. Yo creo que Piaget, por una lado, y Eysenck, por otro, son los últimos representantes de esa psicología basada en un concepto moderno de ciencia en el sentido clásico que se otorga al expresión «ciencia moderna» que se basa fundamentalmente en el modelo de la física newtoniana y, en parte, también en el de la evolución darwiniana. Eysenck, que era un hombre de una inteligencia extraordinaria aparte de uno de los más lúcidos desde el punto de vista científico que he podido tratar, conocía muy bien ambos modelos y tenía una idea muy clara de lo que es un sistema científico como podremos comprobar después.

Permítaseme volver a mis recuerdos. Yo fui a parar a Londres, al Maudsley Hospital, después de una estancia en Alemania. Fueron los propios alemanes quienes me invitaron a realizar aquel viaje a Inglaterra dado que ellos hacían otro tipo de psicología, en Alemania

estaba todo prácticamente destruido y, realmente, si quería comprender la psicología británica en particular y la anglosajona en general, lo mejor era que fuera allí mismo para trabajar sobre el terreno. De Eysenck, por aquel entonces, sólo conocía alguno de sus libros como «Las Dimensiones de la Personalidad» y algún otro que circulaban por el mundo con bastante prestigio. Por ello esperaba encontrarme con un señor mayor, y lo cierto es que me llevé una gran sorpresa al ser recibido por un hombre tan joven como yo, con algunos años más pero de aspecto francamente juvenil. Eysenck advirtió inmediatamente mi sorpresa. «¿Qué le pasa?», me dijo; «nada -contesté- yo creía que usted tenía barba y andaba con bastón o poco menos». Él se echó a reír.

El hecho es que entré en su departamento sin entender realmente nada de lo que era la ciencia moderna y, gracias a sus lecturas, a sus lecciones y a su paciencia llegó un día en el que me convertí, cosa que no fue fácil. Pensad que para pasarse a la ciencia moderna desde un mundo como el español donde realmente no ha entrado todavía en todas sus dimensiones. No sé si habrá entre vosotros alguien dispuesto a este tipo de planteamientos, pero, al menos en lo que yo conozco, España sigue siendo impermeable en muchos sentidos a la mentalidad moderna porque cogió otro camino en el siglo XVII para seguir en él mucho tiempo y entrar tarde, y a veces mal, en la modernidad. Eso motiva que sea difícil hacer entender que la ciencia que estáis practicando es la expresión metodológica de la modernidad. Yo al menos no lo entendía entonces. Lo cierto es que finalmente Eysenck me dio a leer un libro que se titulaba «*La Lógica de las Ciencias y las Humanidades*», de Northrop. Era un trabajo de divulgación muy claro donde se establecía una distinción entre lo que son las humanidades y lo que es la ciencia natural. Lo entendí. Fui contento, con la cara sonriente, a Eysenck y me dijo: «ya te has convertido, ¿no?». Le contesté que sí y me respondió: «Bueno, entonces puedes pasar».

Así entré a formar parte de la vida del Departamento de Psicología del Instituto de Psiquiatría de la Universidad de Londres, que estaba en el hospital Maudsley. El centro no era unitario en sus planteamientos puesto que si bien Eysenck era el director, se habían conformado varios grupos en su seno. Uno estaba formado por experimentalistas y su figura principal era Monty Shapiro, un clínico experimental con una visión muy rigurosa pero muy reducida de los problemas. Eysenck no entraba por este camino puesto que para él la ciencia era mucho más general, con unos principios desde los que se había de deducir muchas cosas y, entre ellas, las que hacía el propio Shapiro. Existía también un grupo marxista en el que destacaban personajes como Neil O'Connor, una persona de bastante talento, y Jack Theissard, quienes hacían una psicología más inspirada en Luria y trataban problemas de retraso mental, etc. De otro lado, estaba adscrita al Instituto de Psiquiatría que formaba parte del departamento la hija de Freud, Anna Freud. Yo asistía también a las clases de Anna, pero me interesaba bastante más lo que hacía Hans Eysenck. Grupo aparte era el de los psiquiatras propiamente dichos, que estaban en guerra abierta con la psicología, y entre los que predominaba el punto de vista psicoanalítico aunque no sólo. Había otros pequeños grupitos pero los citados eran, me parece a mí, los principales. En suma, se trataba de una coexistencia muy complicada.

Eysenck trabajaba fundamentalmente con un grupo de investigadores, de becarios generalmente, y uno de los motivos principales de todas las tensiones que allí había era que había copado la dirección de todas las tesis doctorales del departamento. Yo no sabría decir cuántas tesis doctorales dirigió en aquellos días, pero todo el mundo que iba a hacer una tesis doctoral en aquel departamento la hacía con Eysenck. Evidentemente, esta era una de sus principales tareas y empleaba las tesis para investigar sobre aspectos específicos de sus teorías. Uno de aquellos investigadores que trabajaba estrechamente con Eysenck no era otro que Hans Brengelmann, personaje muy conocido en nuestro país. También alemán. Como Eysenck era judío no se llevaron muy bien desde el establecimiento de su relación. Un segundo motivo de disensión entre ambos, el más importante desde luego, radicaba en el hecho de que Eysenck

había seguido una línea descriptiva de las dimensiones de la personalidad, de forma estática, a través de cortes transversales en la personalidad mediante tests que se realizaban en unos minutos; Brengelmann, por su parte, provenía de la escuela alemana para la cual tenían mucha importancia los procesos longitudinales en el estudio de la personalidad. Lo cierto es que cuando se desarrolla un proceso transversalmente se ofrecen resultados muy distintos de los que puede ofrecer un proceso longitudinal. Esta falta de coincidencia en sus puntos de vista hizo que nunca se entendieran. Las peleas entre ambos eran constantes, aunque siempre dentro de un orden, hasta que finalmente Brengelmann acabó marchándose a América. Hans Eysenck ya había estado con anterioridad allí y la experiencia no le había convencido mucho, por lo que tomó la decisión de retornar a Inglaterra para seguir una cierta trayectoria en sus concepciones psicológicas de la que paso a hablar a continuación.

Comenzó haciendo un libro que le dio renombre internacional, *«Las Dimensiones de la Personalidad»*, en el que, como sabéis, ordenó los síntomas y medidas de personalidad en torno a dos dimensiones: la dimensión de neuroticismo y estabilidad o inestabilidad emocional y, ortogonalmente, la de extroversión-introversión. Eysenck tenía la idea de que una escuela o una investigación psicológica tiene que poseer un modelo que funcione, que no sea puramente utópico, y algunos datos que lo corroboren en cierta medida e inciten a continuarlo a pesar de todos los tropiezos y experimentos que salgan mal puesto que, evidentemente, no todos los experimentos salen mal porque la teoría sea falsa. Algunos experimentos salen mal porque se han hecho mal. Yo asistí, precisamente, al comienzo de una etapa en sus investigaciones cuyo primer experimento resultó ser un completo desastre. Sin embargo, Hans continuó, rectificó ciertos errores, y finalmente fueron saliendo las cosas.

El propósito de Eysenck era partir de un concepto general de la conducta humana y, respecto de eso, el autor fundamental para entender lo que realmente fue Eysenck como científico de la conducta no es otro que C. L. Hull. Se ha dado una versión absolutamente errónea de Hans Eysenck según la cual habría sido un hombre que, para alimentar su vanidad, se acercaba a lo que estaba de moda en el mercado científico para destacarlo. En mi opinión Hans Eysenck no era en absoluto un hombre vanidoso. Nos explicó varias veces su postura en unos seminarios que realizaba en su casa cada quince días y en los que nos reuníamos los iniciados, esto es, la gente próxima que trabajaba con él. La casa era amplia y allí podíamos sentarnos en el suelo o donde fuera para charlar mientras tomábamos café o té. En aquellas reuniones Hans solía hablar y discutir sobre su trabajo, y siempre trató de llamarnos la atención, a la hora de referirse a la aplicación del método científico a la psicología, sobre la figura de C. L. Hull y, concretamente, sobre su primer libro de 1940; *«La Teoría Matemático-Deductiva del Aprendizaje Mecánico»* cuyo subtítulo era, *«Un Estudio en Metodología Científica»*. Esta obra es básica para entender cómo se construye una teoría psicológica y en él podemos encontrar la expresión más perfecta, clara, distinta y cartesiana de lo que es el método de la ciencia de la física galileana y newtoniana. La exposición de Hull es preciosa, rigurosa y a ella se atenía Eysenck. En tal sentido, yo también me vi muy influenciado por el mencionado libro.

Esa concepción de la ciencia moderna, moderna-clásica si se quiere pertenece a la modernidad que termina en 1900; luego hay otra física moderna que es la de Heisenberg, la de la mecánica cuántica, la de la relatividad, la de la complejidad, etc. Esta es, si queremos llamarla así, una física "postmoderna" a la que Eysenck no llegó nunca porque siempre se mantuvo entre los límites de la primera, incluyendo en sus planteamientos algún toque biologicista. Dentro de esa concepción el principio fundamental al que se atenía Hull es que por «teoría científica» entendía un sistema no de axiomas sino de postulados revisables cuya función era simplemente la de dar lo real como deducido. Esto quiere decir que de unos principios en parte «a priori», en parte empíricos y pensables, se deducen corolarios que se verifican y, a veces, corolarios sobre cosas que todavía no han sucedido, de suerte que, en caso de que las deducciones

teóricas de los postulados se correspondan con las observaciones empíricas -da igual que hablemos de los eclipses o de la conducta humana o de lo que ustedes quieran- la teoría sigue funcionando. No podemos decir que una teoría sea verdadera, pero sí que funciona. Si esa correspondencia no se da de forma normal, en lugar de tratar de salvar los fenómenos observados a través de una complicación de la teoría, generalmente se debe rectificar la teoría en sí misma. A esto se atenía Eysenck.

¿Qué relación tiene este planteamiento con su multiplicidad de intereses? Porque, ya lo he insinuado, Eysenck trabajó en astrología, en personalidad, en inteligencia, se metió en psicología genética, se ocupó del psicoanálisis y, en suma, atendió a todo lo que tenía presencia de forma sobresaliente en el campo de la psicología de su época. Y atendió a todo ello para poner a prueba su propio posicionamiento teórico. Lo que trataba de ver era si aquellos fenómenos que estaba estudiando parcialmente eran deducibles de su teoría o no lo eran; precisamente esa es una de las razones de su crítica sistemática del psicoanálisis: los estudios psicoanalíticos no eran deducibles de una teoría científica por una serie de razones en las que no voy a entrar ahora.

No todos los experimentos para poner a prueba su teoría salían bien, y cuando yo llegué, al departamento, en el año 1951 para, estar allí tres años más, Eysenck estaba tratando de desarrollar la teoría estática, factorial, dándole un estatuto experimental, conductual y biológico. Así, organizó una inmensa batería de tests, algunos conductuales -no meramente cuestionarios de preguntas sino también cuestionarios de conducta como, por ejemplo, el de la ataxia estática o equilibrio que uno mantiene con los ojos cerrados-, otros fisiológicos, como el del reflejo psico-galvánico, y una serie de medidas biológicas de la personalidad. Lo cierto es que costó bastante tiempo y dinero organizar aquella batería y, aunque no me puedo acordar del nombre de quien la realizó, porque salió despedido, el hecho es que fue un absoluto fracaso del que no resultó nada concluyente.

Volvió a repetirse después, rectificando algunos errores evidentes que se pudieron encontrar, y se averiguó que los factores tenían proyección, además de en los cuestionarios de personalidad, en las medidas fisiológicas y conductuales. Ello daba un estatuto más firme a su psicología y permitía tratar de empezar una segunda etapa en la que se intentaría ver los mecanismos que subyacían al funcionamiento de esas dimensiones de la conducta. ¿Cuál era el mecanismo que propiciaba o hacía que una persona fuera extrovertida o que fuera inestable? Eso ya podía empezar a investigarse porque había indicios claros de una relación bastante objetiva entre las medidas conductuales, los diagnósticos y las medidas fisiológicas. La velocidad de percepción fue una de ellas. Yo trabajé durante un año o dos en este tema de la velocidad de percepción en relación con las dimensiones de la personalidad junto con Brengelmann, quien me enseñó muchas cosas y, efectivamente, llegamos a concluir que existía una relación entre ambos factores.

Poco después, Eysenck entró en una segunda etapa que podríamos calificar como etiológica, no en un sentido descriptivo sino en otro explicativo. El libro que marca el comienzo de esta nueva fase es *"Dinámica de la Ansiedad y la Histeria"*. Eysenck discutió el planteamiento de este trabajo con todos nosotros, sus ayudantes, durante varios meses antes de que se decidiera finalmente a escribirlo. Por aquellas fechas, cuando se metió de lleno en la redacción de su libro, yo regresé a España. Poco después, cuando el trabajo ya estaba publicado, le invité a venir. Durante su visita me explicó el mecanismo en el que había fundado su teoría de la dinámica de la extroversión-introversión cuya etiología era bastante desconocida. Cierto que había sido ya descrita por Jung y otros, pero resultaba notorio que los procesos que subyacían a la histeria eran todavía mal conocidos y, a la hora de explicarse, Eysenck recurrió a un concepto de Hull, el de "inhibición reactiva", sobre el que también habían trabajado de un modo muy directo algunos autores de la escuela soviética como Vygotsky.

La inhibición reactiva es una propiedad del sistema nervioso que motiva que el individuo extrovertido se fatigue antes que el introvertido ante una serie monótona de estímulos y, por tanto, necesite cambiar de secuencia estimular antes que la persona introvertida. Por ello la persona extrovertida es sociable y se mueve constantemente de aquí para allá; entre tanto el introvertido no sólo no se fatiga ante la monotonía estimular sino que, de algún modo, goza con la repetición. Lo cierto es que la existencia de la inhibición reactiva como factor dimensional de la personalidad fue comprobada y Eysenck se mostraba francamente entusiasmado por ello. Hans era una de esas personas que tienen lo que Gross llamó "función secundaria", es decir, una gran perseverancia que en ningún caso era rigidez sino tenacidad, una tenacidad que le duró toda la vida.

Este aspecto de su personalidad me recuerda una anécdota. Durante su estancia en España le llevé a Segovia con la finalidad de que viera algo de nuestro país. Recuerdo que nos situamos frente al Alcázar, en un paisaje maravilloso, y comencé a hablarle un poco sobre el edificio y el paraje en el que se inserta. Entonces se quedó mirándome un momento y por fin me dijo: "José, esto está muy bien, pero volviendo a la inhibición reactiva..." Le sucedió algo parecido a Piaget que, frente a las murallas de Ávila, decidió ignorarlas para coger florecillas a fin de satisfacer su pasión por la botánica. Lo relevante de todo esto es que demuestra que este tipo de personas son capaces de crear escuela, porque entregan su vida por entero a un problema; en caso contrario no conseguirían absolutamente nada.

Las personas como Eysenck tienen un gran aguante y se enfadan difícilmente. Están acostumbradas a caminar por delante del resto y, por tanto, a no ser comprendidas fácilmente. De hecho, nunca vi a Hans Eysenck enfadado; sonreía ante las bromas y seguía a lo suyo.

Luego se comprobó que las dimensiones de personalidad no eran entre sí ortogonales, tal y como Eysenck las describía puesto que existía una pequeña correlación positiva entre la introversión y el neuroticismo. Pero Eysenck nunca aceptó este punto de vista y se ponía a sí mismo como ejemplo al sostener que era un persona introvertida pero muy estable. Por ello no aceptó jamás que esas dimensiones estaban correlacionadas entre sí pese a que los datos no se ajustaran a su teoría.

A mi regreso a España, alrededor del 1954-55, pensé que dentro de las dimensiones de Eysenck faltaba la del paranoidismo y realicé algún test en el que decidí incluirla. Luego, hacia 1955, retorné a Londres y, como hacía siempre que iba a Inglaterra, fui a verle y le mostré el cuestionario que incluía aquella dimensión que yo había echado en falta. Eysenck abrió un cajón y sacó otro cuestionario, mucho mejor que el mío, que también incluía el paranoidismo. Lo cierto es que nuestra relación siempre fue así, con mucha confianza y marcada por la consonancia de ideas. Eso motivó que a la larga hablara conmigo de cuestiones que ya no eran científicas, sino personales, con bastante franqueza.

Algún tiempo después, Eysenck añadió a su esquema la dimensión del psicoticismo y basó todo su sistema en una concepción naturalista de la personalidad en el sentido de que se trataba de una explicación biológica de las conductas observables. Le faltaba entonces una dimensión que fuera de índole social. Así fue como desarrolló el tema de las actitudes sociales primarias que no era sino la aplicación del sistema factorial a dos dimensiones, dureza y ternura, que también tendrían una base biológica. Llevó de este modo el naturalismo a esa temática, al mismo tiempo que trabajaba en el asunto de la personalidad autoritaria, hasta llegar al punto de realizar una descripción de los modelos políticos en dos dimensiones, totalitarismo de derechas y totalitarismo de izquierdas, que levantó una gran polvareda. Los comunistas que había entonces en el departamento se enfadaron terriblemente, también los de fuera, y al final todo concluyó en un enorme lío.

Por entonces, yo pensaba que en España regía un sistema autoritario. Nunca había vivido en un democracia pero los tres años que había pasado en Inglaterra me habían convencido

bastante y, por un momento, olvidé que en nuestro país no se podía hablar alegremente de este tipo de cosas y me decidí a realizar aquí una encuesta al estilo de las que hacía Eysenck allí. De este modo, apliqué la escala de actitudes sociales primarias y descubrí que los resultados eran muy parejos con los que se obtenían en Inglaterra pero, luego, añadí otra hispánica que realicé con un grupo de alumnos. De esta manera, sobre el año 1956, decidimos hacer una encuesta política y la llevamos a cabo.

En los cuestionarios de aquella encuesta, que fueron unos mil, preguntábamos de una manera muy directa y nada sofisticada cosas como "¿Qué piensa usted de los generales?"; "¿qué piensa usted de los obispos?"; "¿qué piensa de los catedráticos?... y así otras muchas cosas. Estos cuestionarios se repartieron en siete facultades y salieron todos bastante parecidos. Así pues, elaboré un informe para el consejo del departamento, que me había dado el dinero para la investigación, lo envié y me olvidé del asunto. Y al cabo de unas semanas me llamaron por teléfono bastante ofuscados porque en la primera plana del "New York Times" aparecía una noticia diciendo que Pinillos había realizado una encuesta en la que se ponía de relieve el descontento con el régimen vigente en España. Al día siguiente recibí un telegrama reclamándome desde la universidad de Londres, pero no me dejaron salir del país y, de hecho, no pude hacerlo durante bastante tiempo. Finalmente pude marchar a Inglaterra y me hospedé unos días en casa de Eysenck. Luego, como no tenía recursos, tuve que vivir con un amigo mío que era miembro del partido comunista inglés. El hecho es que con todas estas vicisitudes me gané aún más la simpatía de Eysenck y ganamos en cercanía pese a que cada uno siguiera su vida.

No puedo dejar de referir aquí una anécdota bastante divertida en relación con Eysenck y el psicoanálisis. Eysenck dió una conferencia sobre los efectos de la psicoterapia en el año 1957 a la que yo pude asistir y que organizaba la British Psychological Society. Fuimos juntos, en un viejo coche y llegamos, no recuerdo ahora si la ciudad era Sheffield, pero desde luego un lugar bastante al norte. Eysenck me enseñó unas transparencias que llevaba sobre los efectos de la psicoterapia y, en ellas, se demostraba que con psicoterapia o sin ella, dos tercios de la población neurótica se curaban en un plazo no mayor de dos años. Evidentemente, sabía que si enseñaba aquellas transparencias la polémica estaría servida, en un salón repleto de psiquiatras y psicoanalistas. Eysenck realizó su exposición y la reacción airada del auditorio no se hizo esperar, no faltando, quien le acusara de amañar los resultados que había expuesto. La respuesta de Hans fue sencilla: "Yo no he amañado los datos sino que estos son de ustedes, porque están basados en los resultados obtenidos por psiquiatras ingleses y norteamericanos durante el siglo pasado". Allí comenzó una polémica que ha durado muchos años y de la que ha quedado un poso fundamental: que hay un tipo de neuróticos, no todos, que remiten solos en unos dos años, y en eso Eysenck tenía razón.

Fue el último de los grandes psicólogos sistemáticos que ha habido y su teoría científica era rigurosa. Para someterla a prueba quiso ver si de ella se deducían todas las cosas importantes que se hacían en el campo de la psicología durante aquellos años, y lo hizo con sentido crítico de manera que si se podían deducir de su teoría las incorporaba y, en caso contrario, les negaba la condición científica. Esto último es lo que hizo con el psicoanálisis y, desde luego, puesto que éste posee muchas virtudes pero no la de ser un modelo basado en la ciencia natural sino la de ser otra cosa.

Hans Eysenck vino muchas veces a España, del mismo modo que yo estuve otras tantas en su casa. Sin ir más lejos, Michael Eysenck ha estado más de una vez sobre mis rodillas y ha jugado conmigo con los muñecos que le llevaba cuando iba a ver a su padre. Guardo muchos buenos recuerdos de ese tipo. De Hans, como persona, sólo puedo decir que era excelente y ello queda demostrado con su actitud ante los "piques" que suelen establecerse entre maestros y discípulos que, por lo demás, es una condición endémica de nuestra profesión.

El hecho es que Eysenck aprendió el análisis factorial y muchas otras cosas de Burt, un psicólogo bastante conocido en Inglaterra que pronto se vio eclipsado por aquel joven que salía y que se convertía en una gran estrella. De esta forma, Burt, el maestro, adquirió unos celos terribles de Hans, el discípulo. Lo que sigue me lo contó Eysenck personalmente y, creo, no aparece en su autobiografía *"Rebelde con Causa"*. Por lo visto, Eysenck había publicado un libro, y un amigo suyo que era estadístico y que dijo mostrarse muy satisfecho con la lectura se ofreció para hacerle una crítica en la revista de psicología estadística de la British Society a lo que accedió gustoso. Sin embargo, la crítica que salió publicada era horrible, feroz. Dejaron de hablarse pese a que Hans nunca le dijo nada sobre el particular y, al cabo de muchos años, cuando este amigo se iba a jubilar, fue a su despacho y manifestó tener un enorme problema de conciencia para con él puesto que aquella crítica tan negativa, que nunca supo muy bien por qué accedió a publicar, había sido instigada por Burt, que le presionó para que fuese tan hostil y negativa.

También parece que cuando Eysenck iba a ser nombrado catedrático, hubo una reunión en la universidad de Londres y, entre los reunidos, estaba Burt que hizo un informe nefasto. El canciller del tribunal, que era de otra profesión y por tanto completamente imparcial, manifestó que aquel informe era tan negativo y horrible que no era creíble y expulsó a Burt de la junta. Hans Eysenck nunca contó estas cosas públicamente. Era una persona honesta y respetuosa con sus maestros fuera cual fuese la circunstancia.

Algo similar le ocurrió con Skinner. Ambos discrepaban mucho y abiertamente pero Eysenck siempre había mantenido un profundo respeto por Skinner pese a su lejanía teórica. Dado que sostenían puntos de vista tan dispares, Skinner y Eysenck fueron invitados a una controversia en California. Hans llevaba un texto en el que criticaba la postura anti-genética de su opositor de modo muy fundado y prácticamente incontestable; como era lógico, ese tipo de planteamientos son muy difíciles de rebatir. Ambos se reunieron previamente a la controversia pública y Skinner le dio la razón a Eysenck para disuadirle de que leyera aquello. Éste expuso en público una posición más suave, pero Skinner mantuvo, llegado su turno, su posicionamiento teórico, apareciendo, de algún modo, como vencedor de aquel debate ante los ojos atónitos de Hans. Una vez concluido el acto Eysenck interpeló a Skinner sobre su actitud y la respuesta no se hizo esperar: "Estoy de acuerdo contigo y todo lo que te dije antes es cierto, pero si lo digo en público no vendo ni un libro". A pesar de ello, Eysenck nunca dejó de tener un gran respeto por el psicólogo norteamericano.

Un tema acerca del cual discrepamos durante toda la vida fue el de la conciencia y el estatuto científico de la mente. Intenté plantearle varias veces el problema, pero Hans nunca quiso entrar en una discusión sobre el tema. Recuerdo que Eysenck daba unos seminarios magníficos sobre las dimensiones de la conducta y en ellos yo siempre intentaba llevar el debate al tema de la dimensión de la conciencia de manera que siempre terminaba riéndose de mí a carcajadas. "Entonces José -me decía- para hacer una investigación sobre la esquizofrenia, ¿tienes que tener una experiencia esquizofrénica?, ¿te tienes que hacer esquizofrénico?... y a lo mejor hasta lo eres de veras". Con el tiempo he leído las confesiones de muchos investigadores que se rieron en aquellos tiempos de la conciencia y todos reconocían que, en realidad se comportaban como en la anécdota antes descrita de Skinner: no hablaban de ella porque era un tema del que no se podía decir nada para no quedar en ridículo. Sin embargo, no fue éste el caso de Eysenck. Hans tenía claro que existía una dimensión consciente de la vida pero no creía que ésta pudiera ser incorporada en modo alguno a la investigación científica.

Pero un día, recuerdo que fue en Santander, hablamos de este asunto. Fue una de las últimas conversaciones que tuvimos. Hans me preguntó cuál podía ser la ventaja evolutiva, adaptativa, de la conciencia. Yo le contesté que ésta suponía una interrupción en la causalidad

necesaria entre el estímulo y la respuesta introduciendo una representación de la situación que permite que, sin actuar, puedan buscarse alternativas más favorables de conducta. Ello ahorra muchos trabajos y peligros al sujeto. Ante la respuesta Eysenck se quedó pensativo durante un momento hasta que, finalmente, me dijo de forma concisa: "No me lo había explicado nadie. Tienes razón". En algún pasaje, a partir de entonces, Hans fue honesto con este cambio de parecer y vino a indicar que los conceptos mentales tomados como fuente de hipótesis eran tan legítimos como cualquiera otros y, creo que hasta cierto punto tomó mi idea en cuenta al indicar que se ha confundido en la psicología el método científico con el mecanicismo. Esta manera de hacer de la psicología no sería otra cosa que un reflejo de la física galileana y newtoniana puesto que en la física clásica la subjetividad y el punto de vista individual no eran factores a tener en cuenta al no ser consustanciales al método científico.

Para terminar me referiré brevemente a la "bestia negra" que para él fue el psicoanálisis, como ya he indicado anteriormente. Hans tenía mucha razón en algunas de las cosas que decía, pero había algo más que se ha puesto de relieve con el paso del tiempo, en su biografía, y que yo, atando cabos, creo haber comprendido. En cierta ocasión, creo que estábamos los dos en Murcia, le llamaron por teléfono al hotel y allí respondieron que no estaba registrado. Yo sabía que sí estaba en aquel hotel porque había hablado con él poco antes y, cuando regresó, le comenté el incidente. Entonces Hans sacó el pasaporte y me explicó que había cambiado su apellido por el de Evans debido al problema judío. Al parecer estaba preocupado por el problema del antisemitismo, creciente entonces en Inglaterra, y no quería que a sus hijos les pasara lo mismo que le había pasado a él. A esto se sumaba su circunstancia religiosa. Hans era ateo y carecía de toda sensibilidad para los problemas religiosos, lo cual en un judío es muy extraño. Daba la impresión de que no se sentía muy judío. Así, poco después, cuando pudimos hablar de religión, recurrió más o menos al viejo argumento de Laplace: "Dios es una hipótesis innecesaria en mi vida", y añadió "si tuviera que hacer un interpretación religiosa de mi propia vida haría la del diablo porque el mundo, al menos el que yo conozco, está más regido por el diablo que por Dios". Así que he llegado a pensar que la animosidad que mantenía Eysenck contra el psicoanálisis de Freud tenía algún componente de este tipo. No puedo asegurarlo, desde luego, pero en todo caso espero que descanse en paz.

Yo dedico a su memoria estas palabras que nacen de la amistad y se basan en un recuerdo que me gusta mucho presentar aquí.

Referencias

Eysenck, H.J. (1947). *Dimensions of Personality*. London: Routledge & Kegan Paul.
Eysenck, H.J. (1957). *The Dynamics of Anxiety and Hysteria*. London: Routledge & Kegan Paul.

Eysenck, H.J. (1990). *Rebel with a Cause: The Autobiography of Hans Eysenck*. London: W.H. Allen & Co. Plc.